

Fantasia y vida en el pensamiento de Ortega y Gasset *

Jesús Conill

ORCID: 0000-0003-2091-4785

Resumen

El propósito de este artículo es destacar la decisiva importancia de la fantasía en la concepción orteguiana de la vida humana y la razón vital, así como mostrar que la fantasía sirve para establecer la diferencia fundamental entre el hombre y el animal, para entender el poder de la técnica y de la ética en la transformación de la realidad.

Palabras clave

Ortega y Gasset, fantasía, razón vital, animal fantástico, ética cívica

Abstract

The aim of this article is to point out the decisive importance of the fantasy in the Ortegian conception of life and vital reason, and also to show the fundamental difference between human being and animal, to understand the power of technics and ethics in the transformation of reality.

Keywords

Ortega y Gasset, fantasy, vital reason, fantastic animal, civil ethics

Es para mí un honor y una gran satisfacción poder compartir la circunstancia que hoy nos congrega aquí, junto a la majestuosa cordillera chilena. Me siento muy agradecido por la invitación a participar en este Coloquio Internacional sobre la vida y la obra de José Ortega y Gasset y su influencia en Chile, con ocasión del quincuagésimo aniversario de la muerte del gran maestro intelectual que fue Ortega.

Queremos de este modo no sólo rememorar y honrar al maestro, sino también cumplir un propósito suyo: el de favorecer la vida intelectual frente a la hemipléjica politización de la sociedad, fortalecer “frente al centro político, un epicentro de serena vida intelectual”. Es ésta una forma de revitalizar su ma-

* Conferencia pronunciada el 28 de noviembre de 2005 en la sede del Parlamento de Santiago de Chile, en el Coloquio Internacional sobre la vida y la obra de José Ortega y Gasset, organizada por la Embajada de España y el Centro Cultural de España, en conmemoración del quincuagésimo aniversario de la muerte de José Ortega y Gasset.

Cómo citar este artículo:

Conill Sancho, J. (2008). Fantasia y vida en el pensamiento de Ortega y Gasset. *Revista de Estudios Orteguianos*, (16/17), 107-119.
<https://doi.org/10.63487/reo.563>

Revista de
Estudios Orteguianos
N° 16/17. 2008
mayo y noviembre



gisterio para seguir pensando a fondo nuestra vida, nuestra peculiar circunstancia vital.

Podemos empezar recordando algunas de sus brillantes palabras en su discurso en el Aula Magna de la Universidad, sede provisional del Parlamento, en 1928¹, porque no sólo sitúan el tema que pretendo desarrollar, sino que nos lo acerca a lo que Ortega percibió que era la vivencia chilena básica, el modo chileno de estar en la realidad.

La vida histórica es permanente creación –decía Ortega– y para crear hay que mantenerse “en forma”, en entrenamiento (*askesis*). Precisamente es éste un término utilizado por los griegos en los juegos atléticos para denominar el régimen de ejercicios que hacen falta para estar en forma. Este ascetismo, este constante entrenamiento, es el único capaz de hacernos crear. Es necesario sentir el “aguijón” de los problemas, el “espolazo” del destino y fertilizar el destino con jovialidad y decisión, según Ortega, para llevar adelante una vida como creación. Porque “en el dolor nos hacemos y en el placer nos gastamos”.

Pues bien, sobre este trasfondo histórico y creativo de la vida humana, Ortega se percató de que Chile tiene “algo de Sísifo”: vive junto a una alta serranía, la majestuosa cordillera, y parece condenado a levantar cien veces de nuevo lo que con su esfuerzo cien veces elevó y se vino abajo. Nuestra vida está constituida por circunstancias que nos imponen un régimen de *forzosidad* (nuestro propio *destino*), pero, a su vez, deja un margen a la libre decisión por el “buen vivir”, tomando en las propias manos la circunstancia fatal y empujándola en el sentido de la *perfección*, lo que da como resultado una imbricación de destino y albedrío. “No hay vivir si no se acepta la circunstancia dada, y no hay buen vivir si nuestra libertad no la plasma en el camino de la perfección”².

Este segundo aspecto de la vida es con el que conecta más directamente el tema propuesto, el tema de la fantasía y la vida en Ortega. Pero, a su vez, esta cuestión rememora en versión orteguiana la enjundiosa idea de Nietzsche del

¹ José ORTEGA Y GASSET, “Discurso en el Parlamento chileno”, *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, VIII, 1983, pp. 377-382. *Vid.* Javier ZAMORA, *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza y Janés, 2002, pp. 276-277. Este discurso fue publicado en *El Diario Ilustrado*, Santiago de Chile, el 23 de octubre de 1955 (con motivo de la muerte días antes de Ortega) y ahora en la edición de *Obras completas* (Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, tomo IV, 2005, pp. 227-232), en cuyas “Notas a la edición” (pp. 864-869) se indica que la fecha de tal discurso fue el 4 de diciembre de 1928 y que tuvo lugar en una sesión ordinaria de la Cámara de Diputados chilena, que incluyó en su orden del día la “recepción” a Ortega y Gasset. Junto al discurso de Ortega, se publicaron en el *Boletín de Sesiones Ordinarias* (tomo III, 1928, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1929) tanto las palabras de bienvenida del presidente de la Cámara como el discurso del señor Edwards Matte, intervenciones que ahora se publican también en las notas aclaratorias de la edición en Taurus.

² *Oc*83, VIII, 378.

carácter poético de la vida humana, ya que el poeta es el hombre que “danza encadenado”, en virtud precisamente del potencial de su fantasía liberadora.

Fantasía y razón vital

El gran descubrimiento de la filosofía de Ortega es la razón vital (histórica y perspectivista), en tanto que superación de la razón pura del idealismo. Pero la clave para pasar de esa razón pura a la propuesta de una razón impura, es decir, a la razón vital e histórica en la filosofía orteguiana, es la fantasía. De hecho, según Ortega, la diferencia fundamental entre el hombre y el animal tiene su raíz en la fantasía. De ahí que llegara a caracterizar *–more nietzscheano–* al hombre como “animal fantástico”³.

Ortega describe la situación originaria del hombre destacando que el hombre para vivir tiene que habérselas con las cosas y para decidir qué hacer necesita *saber a qué atenerse*. Pero para saber tiene que movilizar su aparato intelectual cuyo órgano principal es la imaginación, que Ortega entiende como “fantasía”, la capacidad básica de inventar y crear. Necesitamos “fantasear” para vivir, para saber qué hacer en nuestra vida.

Podemos elegir entre una fantasía y otra para dirigir nuestra conducta, podemos probar, pero no podemos dejar de fantasear. El hombre está condenado a ser novelista para subsistir, por muy arriesgado que sea “acertar”. De hecho, nos embarcamos en fantasías absurdas (callejones sin salida), que van llenando la “experiencia de la vida” y la historia de los errores. Por eso, lo inteligente (lo sabio) es “aprovechar la experiencia”.

Y porque somos capaces de fantasear una “pluralidad de mundos” (el científico, el religioso, el filosófico, etc.) es por lo que tenemos que elegir. Pero todos esos mundos tienen una dimensión común: son obra de la fantasía. Ciertamente, el mundo poético es fantástico, pero también lo es el científico, si lo comparamos con la realidad. Es la auténtica y primaria realidad de la vida la que urge a crear un orbe imaginario, que es una invención, un “engendro” de nuestra fantasía, un mundo poético en el que logramos instalarnos y vivir.

Por eso, para hacerse cargo de lo que nos son las ideas, de su papel en la vida, hay que “acercar la ciencia a la poesía”. “La ciencia está mucho más cerca de la poesía que de la realidad...”; “la ciencia tiene de novela, de fantasía, de construcción mental, de edificio imaginario”⁴.

³ Vid. Jesús CONILL, *El enigma del animal fantástico*. Madrid: Tecnos, 1991; *El poder de la mentira. Nietzsche y la política de la transvaloración*. Madrid: Tecnos, 1997; “Nietzsche y Ortega”, *Estudios Nietzsche*, n.º. 1 (2001), pp. 49-60.

⁴ *Oc83*, V, 391.

Pero, ¿por qué hace el hombre poesía, ciencia, filosofía, por qué se crea un universo poético, por qué se entretiene en imaginar irrealidades? Pues la fantasía tiene fama de ser “la loca de la casa”, y si la ciencia y la filosofía son “fantasía” y sus productos, fantasmagorías (el punto matemático, el triángulo geométrico, el átomo físico, los personajes poéticos, etc.), si todas las ideas son básicamente “fantasías”, ¿qué es lo que distingue a las unas de las otras? Lo que distingue unas de otras, en principio, es el propósito con que se crean. Por ejemplo, un plano topográfico no es menos fantástico que el paisaje de un pintor. Pero el pintor no lo ha pintado para que le sirva de guía en sus viajes. En todo caso, los mundos creados por la fantasía se hacen por algo y para algo. Y lo decisivo de esa “pluralidad de mundos” de la que es capaz el hombre para las más diversas funciones radica en la fantasía⁵.

La fantasía es tan fundamental en la vida del hombre que Ortega cree que hasta el “instinto sexual” está casi siempre articulado con la fantasía. Las nueve décimas partes de lo que se atribuye a la sexualidad es obra de nuestro magnífico poder de imaginar, el cual no es ya un instinto sino todo lo contrario: una creación. Desde esta perspectiva, la lujuria no es un instinto, sino una creación específicamente humana, como la literatura. En ambas el factor más importante es la imaginación.

La fantasía es una función primigenia sobre la que actuó la disciplina que ha conseguido “hacer” de ella lo que se ha denominado “razón”. Por tanto, “la razón no es sino un modo [...] de funcionar la fantasía”. La “racionalidad” supone la fantasía, que es la que funciona primordialmente en los entresijos de las ideas y las creencias, sin cuya distinción no entenderíamos la vida del hombre. No hay vida humana que no esté constituida por ciertas creencias básicas. Pues vivir es tener que habérselas con el mundo y consigo mismo, pero ese mundo y ese “sí mismo” aparecen bajo una interpretación en las “ideas” sobre el mundo y sobre sí mismo. Pero esas “ideas” básicas pertenecen a un “estrato” de ideas que Ortega denomina “creencias”. Esas ideas que son creencias constituyen “el continente de nuestra vida”: no son “ideas que tenemos”, sino que son “ideas que somos”. Y precisamente por ser creencias radicalísimas se confunden con la realidad misma: “son nuestro mundo y nuestro ser”.

Los dos “estratos de ideas” (“ideas-ocurrencias” e “ideas-creencias”), según Ortega, responden a dos funciones en la vida, al diferente papel que juegan en la vida humana, a su diferente “rango funcional”. No vivimos *de* las ideas-ocurrencias, porque éstas suponen ya nuestra vida. Más bien, nuestra vida se asienta en ideas-creencias, porque en ellas “estamos” (“estar en la creencia”

⁵ *Oc*83, V, 405 y ss.

—decimos). En las creencias se está, en ellas nos encontramos. Contamos con ellas; operan ya en nuestro fondo (cuando nos ponemos a pensar), aunque no se las piense ni se las formule. Porque la creencia es un “fenómeno vital”, antes que gnoseológico.

En virtud de esta distinción entre ideas y creencias se comprenderá mejor la radical crítica orteguiana al “intelectualismo”. Pues no es lo mismo “pensar en” que “contar con”. Nuestro acceso primordial a la realidad no es puramente cognoscitivo, ni de carácter intelectualista. En la realidad se está primordialmente contando con ella, no pensando en ella. Lo que actúa de modo decisivo como un supuesto básico del comportamiento humano no necesita ser pensado con conciencia, pero está en nosotros “como implicación latente de nuestra conciencia o pensamiento”. Ese “modo de intervenir en nuestra vida” sin necesidad de ser pensado es al que Ortega denomina “contar con” y constituye el modo propio que tienen de intervenir las “efectivas creencias” en nuestra vida. “El intelectualismo tendía a considerar como lo más eficiente en nuestra vida lo más consciente”. Pero Ortega intenta hacer ver que “la máxima eficacia sobre nuestro comportamiento reside en las implicaciones latentes de nuestra actividad intelectual, en todo aquello con que contamos”, aunque no pensemos en ello.

Si queremos, pues, aclarar la vida humana no hay que recurrir primordialmente a sus ideas (al “ideario”), a su pensamiento, sino penetrar “hasta el estrato de sus creencias”, descubrir las cosas con que cuenta, “esclarecer la vida desde su subsuelo”.

Las creencias constituyen la base de nuestra vida, el terreno sobre el que acontece. Ellas nos ponen delante lo que para nosotros es la realidad misma. Poseen “valor de realidad”. Toda nuestra conducta depende de cuál sea el sistema de nuestras creencias. Porque en ellas “vivimos, nos movemos y somos”.

En cambio, las ideas y los pensamientos no poseen en nuestra vida “valor de realidad”. Esto significa que nuestra “vida intelectual” es secundaria a nuestra vida real o auténtica. “*Nuestra idea de la realidad* no es nuestra *realidad*. Ésta consiste en todo aquello con que de hecho contamos al vivir”. “De la mayor parte de las cosas con que de hecho contamos no tenemos la menor idea” (¡ni idea!). Aquello con que contamos constituye algo así como una “creencia infraintelectual” (en el sentido de infra-racional o pre-racional). Conviene distinguir la “vida intelectual” de la “vida viviente, de la real, de la que somos”.

Sería un error llamar creencia a la adhesión que en nuestra mente suscita una combinación intelectual. Por ejemplo, en el caso de lo evidente no cabe hablar de creencia. Porque lo evidente “no nos es realidad, no creemos en ello”. Con esta apreciación Ortega quiere hacer notar “la irrealidad constitutiva de toda nuestra «vida intelectual»”. Realidad es “aquello con que contamos, queramos

o no. Realidad es la contravoluntad, lo que nosotros no ponemos; antes bien, aquello con que topamos”⁶.

Entre nosotros y nuestras ideas hay una distancia, la que va de lo real a lo imaginario; hay una independencia, es decir, podemos suspenderlas, a pesar de la influencia que puedan tener en la vida, porque se necesita un esfuerzo especial para comportarse conforme a lo que se piensa, dado que “no creemos en ello”. En cambio, con nuestras creencias estamos inseparablemente unidos: las somos.

Entre las creencias del hombre actual, según Ortega, una de las más importantes es su creencia en la “razón”. El hombre sigue contando con la eficiencia de su intelecto como una de las realidades que integran su vida. No obstante, se tiene una idea imprecisa de la razón. Por eso convendría pensar cómo es la fe en la razón que opera efectivamente y cuáles son sus consecuencias para la vida. Pues el drama en que la vida consiste es distinto según en qué creencia se esté. Por eso, hay que aclarar en qué razón creemos, no meramente en qué razón pensamos. Así que el estrato más profundo de nuestra vida está formado por creencias. Pero en la arquitectura de la vida también *se está* en la duda, en una duda vital, como en un abismo. Ahora bien, se trata también aquí de un modo de la creencia. La somos, nos sitúa. Se duda porque se está entre creencias antagónicas. Y en estos entresijos vitales de las creencias opera la fantasía. Al hombre no le es dado ningún mundo ya determinado. Sólo le son dadas las penalidades y alegrías de su vida. Orientado por ellas, tiene que inventar el mundo. Ensaya figuras imaginarias. Entre ellas, una le parece *idealmente* más firme y a eso llama verdad. Pero incluso lo verdadero no es sino un caso de lo fantástico. Hasta la matemática brota de la misma raíz que la poesía, del don imaginativo⁷.

Animal fantástico y elector

Ahora bien, ¿por qué en una especie animal brotó un “torrente de fantasía”, de “hiperfunción imaginativa”?

Según Ortega, a diferencia de la vida animal que consiste en alteración, el hombre es capaz de ensimismarse, de recogerse dentro de sí mismo, ponerse de acuerdo consigo mismo y precisarse qué es lo que cree, lo que de verdad estima, es capaz de meditar y pensar, atender a su intimidad⁸. Esta facultad de “libertarse” implica dos poderes: 1) el poder desatender el mundo en torno

⁶ *Oc*83, V, 389.

⁷ *Oc*83, V, 394.

⁸ *Oc*83, VII, 83 y ss.

(sustraerse al mundo); y 2) el poder ensimismarse, el tener donde meterse y donde estar: en su “sí mismo”. Y esto se debe a que el hombre ha logrado reobrar sobre las cosas, transformarlas y crear un margen de seguridad –eso sí– siempre limitado. Esa creación específicamente humana es la técnica. Gracias a ella el hombre puede ensimismarse. Pero también viceversa, el hombre es técnico, vuelve al mundo de fuera con un sí mismo, con un plan, modelando el planeta según sus preferencias. La fantasía, pues, es la base del ensimismamiento (del “sí mismo”) y de la acción técnica.

De un modo significativo, es en el contexto de unas reflexiones sobre las “fuerzas” operantes en el lenguaje (la dinámica del lenguaje) y sobre el problema del origen del lenguaje, donde Ortega propone comprender al ser humano originariamente como un animal fantástico. El hombre “ni fue desde luego racional ni siquiera lo es todavía”. En el hombre tuvo que existir una “necesidad de comunicación” desbordante, que se originaba en un animal que tenía “anormalmente” mucho que decir, debido a un “mundo interior” rebosante que reclamaba ser manifestado. A su juicio, el error ha consistido en “suponer que ese mundo interior era racional”. Y afirma: “En el animal que luego resultó «hombre» tuvo [...] que surgir en anormal desarrollo y superabundancia una función primigenia: la fantasía”⁹.

La anormalidad del hombre habría consistido en esa superabundancia de imágenes, de fantasmagorías que en él empezó a manar y creó dentro de él un “mundo interior”. El hombre sería así un animal fantástico¹⁰. Esta riqueza interna dio un carácter nuevo a la convivencia y a la comunicación, porque se trataba de manifestar la intimidad que, exuberante, oprimía, desasosegaba, excitaba y atemorizaba, reclamando interpretación. Por tanto, “no basta el utilitarismo zoológico” para representarnos la génesis del lenguaje. Como el mundo interior no se puede percibir, no basta con “señalar”; la señal tuvo que convertirse en expresión, es decir, en “una señal que porta en sí misma un sentido, una significación”. Un animal que “tiene mucho que decir” hace surgir la “invención” del lenguaje. ¡Vean, si no, el desbordante éxito del celular (del teléfono móvil)! –tendríamos que añadir hoy en día.

El hombre, en su trato con las cosas, está encadenado a ellas, pero puede imaginar, tiene “efectiva libertad de imaginar” frente a “eso ahí”, frente a y a partir de la facticidad vital. Merced a la fantasía (a las “sensaciones liberadas”) puede el hombre fabricarse un mundo fantástico. Un mundo es algo fantástico, que no lo hay si no hay fantasía. La “racionalidad” supone la fantasía. La razón es un modo de funcionar la fantasía. “El hombre es libre para interpre-

⁹ *Oc83*, VII, 252.

¹⁰ *Oc83*, VII, 253.

tar las cosas en que fatalmente (no libremente) está inserto”¹¹. Está encadenado, pero libre por la fantasía. Ya hemos hecho referencia a la bella imagen con la que Nietzsche caracterizó al poeta y que Ortega utilizó en su discurso en Chile para caracterizar al chileno –y a su potencial humano– como aquél que “danza encadenado”.

La única actividad originariamente inteligente, el único “hacerse cargo” o “darse cuenta” es la *sensación liberada en forma de imaginación*. Y Ortega remite a Aristóteles para comprender mejor la relación entre sensación y *lógos* a través de las imágenes: el *noetón* consiste en el primitivo extracto sensual o imaginación, la inteligencia no puede entender ni pensar sin imágenes. Pensar es fantasear. Todo entendimiento es imaginación¹².

Ortega cree que es preciso representarse el origen del hombre en una imagen antidarwiniana, pero sin separar al hombre del animal, es decir, como “un animal que escapa a la animalidad”, “un animal inadaptable e inadaptado”. “Un animal enfermo”, un animal desequilibrado, de ahí su gracia y su desgracia, que Ortega ilustra con un “mito antidarwiniano –aunque evolucionista”, cuyos trazos básicos son los siguientes¹³.

Esa enfermedad le causó una “hiperfunción cerebral” y una “hiperfunción mental”, cuyo resultado fue que el hombre se llenó de imágenes, de fantasía. Brotó en él un mundo interior. De ahí que el hombre tenga que vivir en dos mundos, por tanto, inadaptable, desequilibrado: he ahí un “animal fantástico”, porque “nació de la fantasía”. Y lo que llamamos “razón” no es sino fantasía puesta en forma. Lo más racional es fantástico (el punto matemático, la línea infinita, la matemática, la física...). ¿Hay fantasía más fantástica que eso que llamamos “justicia” y eso que llamamos “felicidad”?¹⁴

La fantasía crea proyectos, a los que llamamos “ideales”, es decir, lo que el hombre quiere ser. Con lo que se descubre que lo más valioso del hombre es su “descontento”. “El hombre es el único ser que echa de menos lo que nunca ha tenido”. Y el conjunto de lo que echamos de menos sin haberlo tenido nunca es lo que llamamos “felicidad”. De ahí partiría un análisis de esta extraña condición que hace del hombre el único ser infeliz, precisamente porque necesita ser feliz: “porque necesita ser lo que no es”¹⁵.

En el mito o figuración imaginaria de cómo el hombre emerge entre los animales lo decisivo –para Ortega–, lo que caracteriza al hombre es la abundan-

¹¹ Oc83, VIII, 161.

¹² Oc83, VIII, 162, 289.

¹³ Oc83, IX, 189 y ss.

¹⁴ Oc83, IX, 190

¹⁵ Oc83, IX, 190

cia de la fantasía, que sea un “animal fantástico”. “La historia de la razón es la historia de los estadios por los que ha ido pasando la domesticación de nuestro desafortunado imaginar”¹⁶.

Los demás animales se adaptan al medio, sin embargo el hombre procura adaptar el medio a “sí mismo”. Para ello tiene que transformar el mundo en otro conforme a sus deseos. El instrumento es la técnica. El hombre es un ser técnico en una medida creciente y la técnica es creación. Ahora bien, ¿por qué y para qué esta aspiración de crear otro mundo? ¿Cómo tiene que estar constituido un ser para el que es tan importante crear un mundo nuevo?¹⁷.

Pues lo que ocurre es que este ser “está metido en la naturaleza, pero, según Ortega, *no pertenece a la naturaleza*”, “es extraño a ella”. El hombre es parte de la naturaleza y, sin embargo, está frente a ella mediante un “*extrañamiento*”, que, desde el punto de vista de la naturaleza, significa “anomalía” enfermedad, incluso destructiva.

Es el hombre un ser, desde el punto de vista de la naturaleza, enfermo, pero que logra seguir viviendo, de un modo “antinatural”. Según el “mito” que expone Ortega, se trata de un animal con una “hipertrofia de los órganos cerebrales”, que le “acarreo” una “hiperfunción cerebral, y en ello radica todo”. Porque ese animal que se convirtió en hombre encontró “una enorme riqueza de figuras imaginativas en sí mismo”, estaba “lleno de fantasía”, de modo que frente al “mundo circundante” encontró en sí mismo un “mundo *interior*”. Esto trajo consigo “el más maravilloso de los fenómenos”, que es “imposible de explicar desde el punto de vista puramente zoológico”, puesto que se opone a la orientación natural de la alteración propia de los animales, originada por su atención hacia el mundo exterior. Pues, cuando el animal que se convirtió en hombre encontró tal riqueza en imágenes internas, “empezó a prestar atención a su interior”, “entró en sí mismo”¹⁸.

Este ser se encontró entonces con dos repertorios de propósitos, con dos proyectos diferentes: los “instintivos” y los “fantásticos”, y por eso tiene que “elegir”, “seleccionar”. El animal fantástico se convierte en un animal “elector”. Los latinos llamaban al hecho de elegir “*eligere*” y al que así lo hacía “*eligens*” (o *elegens*, o *elegans*). El *elegans* o elegante es “el que elige bien”. Con el tiempo la palabra *elegans* (y *elegantia*) se había “desvaído” (perdió fuerza), por eso “era menester agudizar la cuestión y se empezó a decir *intellegans* (*intellegentia*): “inteligente”. Así pues, concluye Ortega, “el hombre es inteligente [...] porque tiene que elegir. Y porque tiene que elegir, tiene que hacerse libre”. De ahí

¹⁶ Oe83, IX, 207.

¹⁷ Oe83, IX, 210, 617 y ss.

¹⁸ Oe83, IX, 622.

procede el terrible privilegio de la “libertad del hombre”. En definitiva, el hombre “se hizo libre porque se vio obligado a elegir, y esto se produjo porque tenía una fantasía tan rica, porque encontró en sí tantas locas visiones imaginarias”. “Somos [...] hijos de la fantasía”¹⁹. “Todo pensar es fantasía” y la historia es el intento de domar la fantasía. Este vigor (o imperio) de la fantasía trajo consigo que los deseos del hombre no quedaran reducidos a los instintos (a las necesidades de la naturaleza), sino que sean “deseos fantásticos”. Por ejemplo, queremos ser justos, queremos conocer. Ése es nuestro privilegio y nuestro drama: lo que más deseamos es imposible y por eso nos sentimos infelices. El hombre es un insatisfecho: desea tener lo que no ha tenido. Y por eso acaba siendo un animal desgraciado.

¿Qué ofrece la narración, la fábula, que cuenta Ortega? A su juicio, “este mito nos muestra la victoria de la técnica: esta quiere crear un mundo nuevo para nosotros”. Pero el nuevo mundo de la técnica es “como un gigantesco aparato ortopédico”. La técnica es “maravillosa” y “dramática”, “fabulosa” y “ortopédica”, un medio del animal fantástico y elector. En consecuencia, toda vida humana tiene que inventarse su propia forma. El *imperativo de autenticidad* es un *imperativo de invención*. Por eso *la facultad primordial del hombre es la fantasía*. Incluso el pensar científico –hemos visto– es una variedad de la fantasía, es la fantasía de la exactitud. La vida humana es faena utópica, invención del personaje que cada cual tiene que ser. El hombre es novelista de sí mismo. Se necesita fantasía para crear el propio programa vital. La vida resulta ser un género literario. Mas puede formar parte del destino trágico no encontrar la propia forma de vida²⁰. Por un lado, lo que “nos pasa” no está en nuestras manos, pero sí lo está el sentido vital de cuanto nos pase, porque depende de lo que decidamos ser. En cada instante se abren posibilidades de ser, de ahí que no se tenga más remedio que *elegir*. El vivir es no poder dejar de *anticipar* el sentido. Ese programa vital que cada cual es, es obra de la imaginación. El hombre necesita construir con su fantasía lo que va a ser. Una voz emergente de nuestro fondo íntimo nos llama a elegir entre los programas de vida que nuestra fantasía elabora. Éste es el ingrediente más misterioso del hombre. La voz que llama al auténtico ser es la “vocación”. Quienes desoyen esa voz se estafan a sí mismos. No se trata sólo de una profesión, sino que el programa vocacional comprende todos los órdenes de la vida. El hombre necesita elegirse su propio ser. ¿Cómo? Representándose en su fantasía tipos de vida posibles y notará que alguno le atrae más, le tira, reclama o llama. Esta llamada es la vocación. Y como nuestra vida es una fantasía, en todo momento tenemos que imaginar.

¹⁹ *Oc83*, IX, 622 y 623

²⁰ *Oc83*, VIII, 29.

Sin esta intervención de la fantasía, del poder poético y fantástico, el hombre sería imposible. La vida humana, pues, es faena poética y utópica, en virtud de la fantasía²¹.

Así pues, “lo que un hombre tiene que hacer en su vida” es su “misión”. La misión es un ingrediente constitutivo de la condición humana. Esa necesidad que expresa el “tener que hacer” es una condición extraña, muy diferente a la forzosidad con que la piedra gravita, porque el hombre puede no hacer lo que tiene que hacer; a diferencia del tigre, que no puede destigrarse, el hombre puede deshumanizarse. Aquí la necesidad es una “invitación”, que puede convertirse en una exigencia, porque lo que el hombre tiene que ser y hacer no le es impuesto, sino que le es “propuesto”.

El hombre se encuentra ante diversas posibilidades de hacer y de ser, y ha de resolverse por alguna bajo su “responsabilidad”. Y para resolverse tiene que “justificar” la elección “ante su propio íntimo tribunal”, es decir, tiene que descubrir cuál es “la que da más realidad a su vida”, la que tiene más sentido, la más suya. Si no elige esa, sabe que se ha engañado a sí mismo, que ha falsificado su propia realidad, que ha aniquilado un instante de su tiempo vital, el cual [...] tiene contados sus instantes”²².

Lo que tiene que ser el hombre le es “propuesto”. Por eso la vida humana adquiere “el carácter de la realización de un imperativo”, conciencia de estar llamado a realizar su más auténtico ser: su “misión”. No en balde la vida consiste en “quehacer” y, sobre todo, en “acertar a hacer lo que hay que hacer”.

¿Qué quehaceres van a ocupar la vida humana? Dado que la técnica es “el esfuerzo para ahorrar el esfuerzo”²³, “lo enigmático” es saber adónde va a parar ese esfuerzo ahorrado. Incluso Keynes se planteaba la cuestión de qué haría el hombre cuando no tuviera que trabajar más que una o dos horas al día. La meditación de la técnica nos hace tropezar con el raro misterio del ser del hombre. Superada la vida animal, el hombre inventa quehaceres no biológicos, ayudado cada vez más por la técnica. Esta “vida inventada” es la vida humana, el mundo del “bienestar”, que es obra de la imaginación, por la que cada cual puede ser novelista de sí mismo, forjando la figura fantástica de un personaje vital, para cuya realización cabe recurrir a las crecientes posibilidades técnicas.

En este ámbito de la ampliación fantástica de la vida humana entra en consideración también “lo poético de la realidad” y la figura del “héroe” como sujeto

²¹ *Oc83*, V, 168. Ya Francisco SOLER distinguió a Ortega como “el pensador de la fantasía”, en su libro *Apuntes acerca del pensar de Heidegger*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1983, p. 142, edición a cargo de Jorge Acevedo, a quien debo y agradezco este regalo en noviembre de 2005.

²² *Oc83*, V, 210 y 212.

²³ *Oc83*, V, 335.

poético de la vida moral²⁴, que cabría insertar asimismo bajo el paradójico epígrafe de lo real “irreal”. Es éste un tema de enorme relevancia en la filosofía orteguiana y en la de algunos de sus más destacados discípulos (como Zambrano, Zubiri, Marías y Laín)²⁵.

El poder de la fantasía

Para acabar, quisiera poner de relieve la actualidad –la vigencia– del poder de la fantasía para nuestra vida. Primero, recordando la estancia de Ortega en Chile y su discurso, en el que destacaba el momento de la creación para fertilizar el propio destino de cada cual, es decir, la potencialidad del poder “danzar encadenado”. Pero, en segundo lugar, rememorando asimismo la actualidad del *Quijote* en el año de celebración de su cuarto centenario.

Efectivamente, el sentido de la imagen de don Quijote de la Mancha estriba en el sueño de transformar la ficción en historia viva²⁶. Aquí se encuentra la vitalidad y actualidad del Quijote para una filosofía y una ética de la fantasía en el siglo XXI. Se confía en que el empeño y la persistencia del Quijote iría infiltrándose en la realidad, como por contagio. “El gran tema de *don Quijote de la Mancha* es la ficción [...] y la manera como ella, al infiltrarse en la vida, la va modelando, transformando”²⁷. La ficción va contaminando lo vivido, tiene efecto en la vida, comienza a devorar la realidad: hay un proceso de “ficcionalización de la realidad”. La vida inventada viene a ser vida fantaseada, expresión suma de una libertad que vive de una especie de “imperativo moral superior”, al que se accede primordialmente por la imaginación creadora.

Y, por último, cabe destacar el poder de la fantasía en la propuesta de una ética cívica. Para percatarnos de ese peculiar vigor, vamos a recurrir a la propuesta ética de Adela Cortina, en la que el “Reino de la Fantasía” se convierte en una imagen muy adecuada para comprender el mundo moral en una ética cívica donde los ciudadanos son los protagonistas²⁸. Se trata de saber cómo ha-

²⁴ Cfr. Jesús CONILL, “Razón experiencial y ética metafísica en Ortega y Gasset”, *Revista de Estudios Orteguianos*, 7 (2003), pp. 95-117.

²⁵ María ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza, 2000; *Claros del bosque*. Barcelona: Seix y Barral, 1986; Xavier ZUBIRI, *El hombre: lo real y lo irreal* (curso oral de 1967, publicado en Madrid: Alianza Editorial, 2005; Julián MARÍAS, *Breve tratado de la ilusión*. Madrid: Alianza Editorial, 1984; Pedro LAÍN ENTRALGO, *Teatro del mundo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1986.

²⁶ *Id.* Mario VARGAS LLOSA, “Una novela para el siglo XXI”, Presentación de la edición del IV Centenario de Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Real Academia Española, Alfaguara/Generalitat Valenciana, 2004, pp. XIII-XXVIII.

²⁷ *Id.* Mario VARGAS LLOSA, ob. cit, p. XV.

²⁸ *Id.* Adela CORTINA, *Ética de la sociedad civil*. Madrid: Anaya/Alauda, 1994; *Ciudadanos como protagonistas*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1999.

cer frente a la Nada, una fuerza abismal y caótica que está devorando el Reino de Fantasía, a fuerza de pragmatismo y romo positivismo, porque los seres humanos están dejando de soñar y la Nada va engullendo, inexorable, ese esperanzador Reino de Fantasía. ¿Queda todavía algún remedio? Como en *La Historia interminable* de Michael Ende²⁹, para evitar la catástrofe final, no hay más remedio que invitar a mantener con vida ese Reino de Fantasía, a seguir soñando, para que el mundo de la ilusión no se desvanezca, engullido por la Nada.

En definitiva, la vida moral depende, como el Reino de Fantasía, de sus creadores: de cuantas personas se empeñen en la empresa, en el quehacer compartido de construir en serio un mundo más humano. Un mundo al que no puedan resultarle ajenos, sino muy suyos, ni los requerimientos del sufrimiento, ni las exigencias de justicia, ni la aspiración a la felicidad. Si rehusamos ser los protagonistas de esta historia, nadie la hará por nosotros. Las personas –los ciudadanos– son insustituibles en la construcción del mundo moral, en la justicia, en la felicidad, en el amor. La moral de una sociedad o la hacemos las personas y los ciudadanos, o no se hará y se disolverá en la nada. No hay más remedio que poner en marcha la moral “fuentovejunesca”³⁰. Por eso, es decisivo preguntarse en nuestras sociedades si se está fomentando o cegando el vigor de la fantasía vital, si se está favoreciendo realmente la formación de un auténtico *pueblo* con ideales, ilusiones y esperanzas, o una *masa* amorfa y atomizada; si se está favoreciendo realmente una democracia de auténticos ciudadanos o únicamente una “democracia de masas” (!). Pues el único remedio frente a la nada es fortalecer una ética de los ciudadanos como protagonistas. Como en *La Historia interminable* de Ende para salvar el Reino de Fantasía, tampoco ahora hay que dejar que el fantástico reino moral, la fantasía moral de la justicia y de la felicidad, sea devorado por la nada. ●

²⁹ Michael ENDE, *La historia interminable*. Madrid: Alfaguara, 1983.

³⁰ *Vid.* Adela CORTINA, ob. cit.